



LA RENEGADA DE VALLADOLID

Maravillosa historia de una singular mujer
natural de Valladolid.

PRIMERA PARTE

I

En Valladolid vivía
una rica dama y bella,
muy apreciada de todos
por sus singulares prendas.
Dotada en prendas del alma
y de una familia excelsa,
los galanes a porfía
suspiros daban por ella,
y más de un noble opulento
su mano quiso ofrecerla.
Adela, que este era el nombre
de nuestra heroína bella,

no había aún del amor
sentido la dulce esencia,
e indiferente acogía
las más sinceras protestas.
En esto, y por su desgracia,
un día vió en cierta iglesia
a un capitán de los tercios
de Castilla, y la doncella,
al verle se enamoró,
que era capitán de prendas.
El joven guerrero al punto,
prendado también de ella,
trató de hablarla, y un día
la juró constancia eterna.

Adela se resistió
a amarle, y con honda pena
le dijo que no pensara
en ser ama lo por ella,
mientras a su mismo padre
la mano no le pidiera.
El capitán puso obstáculos;
fingió imposibles; protestas
la dió de felicidad;
lloró, suspiró, dió muestras
de un tan profundo dolor
y de una tan grande pena,
que la dama, que era joven
y enamorada de veras,
olvidando los consejos
de su padre, y su conciencia,
dió sólo a su amor oídos,
y en cierta noche serena
huyó con su capitán
lejos de su patria y tierra;
dando con este mal paso,
el primero en torpe senda,
un espantoso dolor
a su padre, y una afrenta
a su familia, y un golpe
muy terrible a su conciencia;
que quien falta a sus deberes
dichoso jamás se viera.

II

Los dos jóvenes amantes,
ciegos en su loco amor,
olvidaron del honor
las leyes más terminantes;
y embarcándose ligeros,
con dirección a Bujia,
bien pronto su fantasía
les hizo ver lisonjeros
horizontes de ventura,
sin comprender que Dios mismo
les dirigía al abismo,
castigo de su locura.
Un día ya en alta mar,

vieron desde la galera,
que se acercaba ligera
una escuadra a todo andar.
Y con pasmo y con terror
vieron su desgracia insana:
era una escuadra otomana
al mando del gran señor;
la defensa era imposible;
el heroísmo, imprudencia,
y cual triste consecuencia
la esclavitud más horrible.
Pero un buque solo y pobre
contra diez, debe rendirse,
que es inútil resistirse,
por más que el valor le sobre;
y así fué: los musulmanes
nuestra galera abordaron,
y de cadenas cargaron
a todos los tripulantes.
Adela lloró y gritó;
suplicó, fué vano empeño;
el bajá, su nuevo dueño,
a su buque la arrastró,
y el capitán vió partir
a la joven sin ventura,
mientras en cámara obscura
Adela creyó morir.
Con tiernas frases hería,
el viento en su triste duelo;
era castigo del Cielo,
y castigada sería.
Por fin el buque cruel
que a la joven hospedó,
de todos se separó
bogando a más no poder;
y Adela miró partir
el que a su amante llevaba,
y delirante le llamaba
con creciente frenesí.
Al cabo de algunos días
Adela se resignó,
porque en el corazón no
hay eternas agonias,
y dando oídos, cobarde,

del bajá al amor insano,
dióle al fin su blanca mano,
y haciendo de ello alarde,
temió vivir como esclava,
temió una vida de horrores,
y aceptando los favores
del bajá que la obsequiaba,
sultana a ser llegaba,
rica, opulenta, dichosa,
y Adela, la pudorosa,
¡ay!, renegó de su fe.
De Alá la falsa doctrina
aceptó perdida y vana,
y Adela fué mahometana.
¡A tanto la infamia inclina!
Adela por su ambición
patria y padre dió al olvido,
y concluyó, ángel caído,
por renegar de su Dios.

III

Dios, que jamás abandona
a sus pobres criaturas,
envió al lado de Adela
una poderosa ayuda,
para que, con sus consejos,
volviera al bien. Una
noche, ya cerca de Bujía,
y por entre espesa bruma,
un bajel turco abordó
a un buque, con tal ventura,
que le rindió cautivando
toda su gente sin lucha.
Entre tanto pasajero
iba un venerable cura,
que era de la renegada
hermano, y por su fortuna,
como era joven y fuerte,
el bajá sin duda alguna
por esclavo le tomó;
y ved cómo el sin ventura
desgraciado sacerdote,
a su pena bien profunda

tuvo que añadir la pena
de ver a su hermana pura,
esposa de un mahometano,
y mahometana sin duda.
Empero nada la dijo,
esperando con dulzura
que sus consejos la hicieran
abjurar de su locura.
Tres años el desgraciado
sufrió de prisión inmundada,
sin poder ver a su hermana
que del harén la clausura,
más que esposa era cautiva
del bajá, Alí-Majuma.
Pero un día en el jardín,
Adela vió en la espesura
a un esclavo que de hinojos
rezaba plegaria muda,
y al verle se conmovió
por una vaga amargura,
que la vista de aquel hombre
trajo a su mente sin duda
de su país el recuerdo,
de su padre la amargura.
Detúvose la cuitada,
y venciendo al fin sus dudas,
se acercó a su pobre hermano,
a quien hizo estas preguntas:
— Cristiano, ¿de dónde eres?
En tu rostro se halla escrito
un dolor cruel e infinito.
¿Acaso queridos seres
en tu país has dejado
que lloran tu esclavitud?
Pues vuelva de hoy la quietud
a tu corazón llagado.
De hoy más tu rescate pago,
y libre serás gozoso,
que el bajá mi noble esposo
respeto cuanto yo hago.
Tu dolor me ha conmovido,
y hoy tu libertad te doy,
que aunque musulmana soy,
no en esta tierra he nacido.

Acepta, pues, de mi mano
la libertad que te ofrezco.

Al verte sufrir, padezco.

¿Cómo te llamas, cristiano?

— Allá en mi patria tenía
familia y nombre, aquí no.

Dispensadme si el dolor
sella mis labios hoy día.

— No es curiosidad mi afán,
y contestarme debieras,
esclavo, si conocieras
lo que sufro con tu mal.

— Pues bien — su hermano la dijo —:

ya señora que queréis
saberlo, oíd y veréis
con cuánta razón me aflijo.

Yo soy de Valladolid
y siervo de Dios, señora,
y he perdido en una hora
todo cuanto conocí.

Llámase Juan de Acevedo
mi buen padre, y yo Melchor,
y soy hijo de Leonor
Maturana de Salcedo.

Una hermana también tuve
hermosa, bella y cristiana,
pero falleció esta hermana.

Era de Dios un querube,
mas dejándose arrastrar,
cual otro Luzbel, al vicio,
¡ay!, cayó en el precipicio
do cayó el ángel del mal.

Hoy no sé lo que es de ella,
y donde se encuentra ignoro;
por eso, señora, lloro;

¡era tan pura y tan bella!

Entonces la renegada,
no pudiendo contener
su dolor y padecer,
cayó al suelo anonadada.

Lágrimas abrasadoras
sus mejillas recorrieron,
y frases acusadoras
ya sus labios prorrumpieron.

Pálida como la muerte
de hinojos ante su hermano,
tendióle su blanca mano
exclamando de esta suerte:

— ¡Oh!, perdón, hermano mío,
soy Adela; renegué
de Dios, de mi santa fe,
y hoy remordimiento impío
mi alma de amargura llena,
y hoy mi corazón se enciende,
porque hoy al verte comprendo
el error que la envenena.

Perdón; apóstata fui
y hoy mahometana me miro,
y hasta el aire que respiro
me ahoga, Melchor, aquí.
Huyamos, quiero volver
del cristianismo a la senda;
cayóse, hermano, la venda
que no me dejaba ver.

Yo pediré al Dios del cielo
que me envíe de la altura
un rayo de su luz pura,
luz de divino consuelo;
emplearé mi existencia
en conseguir del Señor
de mis culpas el perdón
a fuerza de penitencia;
y ya en su bondad confío,
que es su caridad tan alta,
que a su mismo trono exalta
al pecador más impío.
Huyamos, Melchor, de aquí;
huyamos.

— No — le responde
Melchor —; huir, ¿pero adónde
quieres, Adela, huir?
¿No eres madre?

— Sí, lo soy.

— ¿Y a tus hijos dejarás?
— Sí, sí; tendré que luchar,
pero dispuesta a ello estoy.
Quien mucho a Dios ultrajó,
mucho, hermano, ha de sufrir,

si quiere
el anhelo
Al oír ta
el buen
rogar a
a su her
sincero
pero vie
y adivin
cuánto
prolong
y conso
la oblig
y ocult
animán
adelant
fervor, y
de huir
ocasion
de aban
donde e
ejercía

Muy
Adela, l
pudo de
con su
Decir s
cuando
de vista
a sus d
es emp

Llora
allá en
al recor
al diabl
por seg

si quiere al fin conseguir
 el anhelado perdón.
 Al oír tales palabras
 el buen sacerdote quiso
 rogar a Dios, porque había
 a su hermana concedido
 sincero arrepentimiento;
 pero viendo su martirio,
 y adivinando en su rostro
 cuánto sufría, no quiso
 prolongar aquella escena,
 y consolándola activo,
 la obligó a que se marchase
 y ocultara su designio,
 animándola a llevar
 adelante su contrito
 fervor, y dióla esperanzas
 de huir también, si el destino
 ocasión les procuraba
 de abandonar aquel reino,
 donde el infiel mahometano
 ejercía su dominio.

IV

Muy poco tiempo después
 Adela, la renegada,
 pudo de Bujía huir
 con su hermano una mañana.
 Decir su cruel dolor
 cuando perdió su mirada
 de vista la tierra, en donde
 a sus dos hijos dejaba,
 es empresa superior

Lloraba la pobre madre
 allá en su cueva metida,
 al recordar que sus hijos
 al diablo pertenecían,
 por seguir la falsa ley

a la mayor fuerza humana,
 que hay dolores en el mundo
 que describirlos no basta.

Al cabo de algunos días
 y algún tanto consolada,
 ella y su hermano llegaron
 a Roma, ciudad del Papa;
 y lleno su corazón
 de la mayor esperanza
 de ser por el Padre Santo
 de sus culpas perdonada,
 consiguió la absolución
 de todas sus graves faltas,
 mediante una penitencia
 que sus pecados lavara.
 De allí pasó al monte Arsiano
 casi desnuda, sin nada,
 metiéndose en una cueva
 donde lloraba y oraba,
 alimentándose sólo
 con hierbas, raíces y agua,
 y sufriendo los rigores
 de las estaciones varias,
 sin otro afán que obtener
 con penitencia tan magna,
 y cual otra Magdalena,
 la remisión de su alma.
 Pero en la segunda parte
 veréis cuál la historia acaba
 y cómo premia el Señor
 a quien, cual la renegada,
 sus crímenes y extravíos
 con la penitencia lava.

SEGUNDA PARTE

de Mahoma, y cierto día,
 en medio de su dolor,
 creyó escuchar voz divina
 que la alentaba a que fuese
 peregrinando a Bujía
 en busca de sus dos hijos,
 y animada en su agonía,

con la esperanza de ver
completada su conquista,
del monte Arsiano partió,
y al cabo de muchos días
de trabajos y de viaje,
sin fuerzas, desfallecida,
llegó a la ciudad del turco
donde ella vivido había,
rodeada de esplendores
y sultana distinguida.
Del bajá llegó al palacio
al tiempo que de él salían
sus dos hijos, y la madre
de ellos, ocultando esquiva
su rostro, se aproximó
y les dijo conmovida:
— ¿Sois, jóvenes, por ventura
los dos hijos del bajá?
Pues si es así, escuchad
una historia de amargura.
A vuestra madre infeliz
yo he conocido, y por ella
aquí he plantado mi huella
para poderos decir
que la pobre, abandonada,
sin vosotros triste expira,
y de continuo suspira
sin que la consuele nada.
Nacida en la fe de Cristo
ha huído para poder
cristiana volver a ser.
Vosotros bien habéis visto
su dolor y triste duelo,
cuando obedeciendo a Dios
arrancóse el corazón
para conseguir su anhelo.
Ella me envía en su nombre
para que abjuréis la ley
del falso y profeta rey,
y su intención no os asombre,
que la infeliz considera
vuestra perdición segura
la ley acatanlo impura
que obedecéis, y quisiera,

que reconociendo al Dios
que bendicen los cristianos,
poder besar vuestras manos
y abrazaros a los dos.
Adela dejó de hablar
mirando anhelante y triste
a sus hijos. — ¿Qué dijiste?
— los dos exclamaron ya —:
¿Lejos nuestra madre se halla
y por nosotros suspira?
¡Pobre madre! Si ella expira
o si su valor desmaya,
y muere sola, ¡qué horror!
Consentirlo no debemos;
pero, mujer, ¿y qué hacemos
si huimos de aquí los dos?
— Ir a abrazar a una madre
y abjurar vuestros errores.
— ¿Y olvidas tú los dolores
que tendría nuestro padre?
¿Sería fácil huir?
— A vosotros ciertamente.
¿No mandáis en tanta gente?
¿No tenéis amigos?

— Sí.

Tenemos amigos, cierto,
y esclavos, y una galera
que nuestra orden espera
anclada siempre en el puerto.
Pero dejar a Buja,
nuestra patria y nuestro padre...
— Vais en pos de vuestra madre,
que os espera en su agonía.
Yo cumplo con mi deber
en daros su triste encargo;
vosotros dos, sin embargo,
pensad lo que habéis de hacer.
Y ocultando su dolor
la pobre madre afligida,
fingió que se esperaba
de sus hijos, convencida
de no conseguir su objeto;
pero éstos, que querían
adquirir nuevas exactas

de su ma
a que en
difiriend
su resolu
a do su m
o quedars
en la ciud

Con la
de conse
Adela pa
en dulce
sin admit
un bland
pues tam
dormía e
Los jóve
a hablar
y calcula
si era p
seguir de
el impuls
quedánd
pudo por
la fe divi
e inspira
seguir a
acorda c
Al sigui
tendió e
a la muj
fueron a
preparar
con prud
lo cuál n
pues co
de esclav
pronto e
quien p
les ayu
Hay qu
no sosp

de su madre, al fin la obligan
a que en el palacio entrara,
diferiendo al otro día
su resolución de ir
a do su madre vivía,
o quedarse con su padre
en la ciudad de Bujía.

II

Con la esperanza en el alma
de conseguir su proyecto,
Adela pasó la noche
en dulce, tranquilo sueño,
sin admitir de sus hijos
un blando y mullido lecho,
pues también por penitencia
dormía en el duro suelo.
Los jóvenes empezaron
a hablar los dos en secreto,
y calculando con juicio
si era prudente consejo
seguir de su corazón
el impulso, o retenerlo,
quedándose con su padre;
pudo por fin más en ellos
la fe divina que todo,
e inspirados por el Cielo
seguir al fin a su madre
acorda on placenteros.
Al siguiente día, apenas
tendió el Sol sus rayos bellos,
a la mujer presurosos
fueron a hablar contentos,
preparando la partida
con prudencia al mismo tiempo,
lo cual no les fué difícil,
pues como eran casi dueños
de esclavos y de galeras,
pronto encontraron dispuesto
quien por algunos cequíes
les ayudara sincero.
Hay que advertir que hasta entonces
no sospecharon, ni menos,

que aquella mujer que habían
recibido en su aposento
fuese su madre, pues tanto
la penitencia y el tiempo
la belleza de su madre
cruelles habían deshecho.
Al saber la arrepentida
renegada su proyecto,
dió gracias a Dios y ardientes
lágrimas bañó su seno,
que nunca creyó tan fácil
convertir a los mancebos.
Embriagada de alegría
y por ella presintiendo
que sus dos queridos hijos,
hijos de Dios serían presto,
de fe inundada su alma,
de gozo inundado el pecho,
embarcóse en la galera
clavando en el puro cielo
su mirada agradecida
por triunfo tan halagüeño.
Entonces prudente y justa,
sin descubrir su misterio,
detalles dió a los dos jóvenes
de su vida y sus tormentos,
tanto que, cuando ya cerca
de Italia los dos mancebos
se encontraron, anhelantes
suspiraban de contento.
Viólos Adela propicios
a abjurar su fe sinceros,
colmado así de ventura
sus más ardientes deseos.
Dios había perdonado
a aquella mujer sus yerros,
y como a los que ama da
felicidades sin cuento,
a la pobre arrepentida
la daba tan grande premio,
concediéndola el placer
de arrancar ya del infierno
a sus hijos, y morir
en su patria y entre ellos.

III

Adela que deseaba
descubrirse a sus dos hijos,
apenas desembarcaron,
con acento conmovido
y lágrimas en los ojos,
la pobre madre les dijo:

— Abrazadme, vedme aquí,
inútil es ya ocultaros
mi alegría, ni engañaros
puedo más tiempo, ¡ay de mí!
De los cristianos al Dios
dad gracias en este instante,
¿vuestro corazón amante
no os ha dicho quién soy yo?

— ¿Quién eres, mujer?

— La madre

que en su seno os ha llevado;
la madre que os ha criado;
la esposa de vuestro padre.

Ved la señal,

que como vosotros dos,
dióme en este brazo Dios,
ya nunca podéis dudar.

Abrazadme, hijos queridos.

— ¡Madre mía! — ellos dijeron,

y de rodillas cayeron
dichosos y confundidos —

Madre mía, en esto vemos
un milagro, y desde ahora
al Dios que tu alma adora
por único acataremos.

Cristianos queremos ser

y en ello ciframos todo;
madre, dinos de qué modo;
dinos, madre, qué hay que hacer.

Adela entonces llorando
de alegría y de contento,
les dió en sentidas palabras
algunos graves consejos,
y enseñándoles contrita
los principales misterios,
de allí a dos meses los dos
musulmanes recibieron
el santo Bautismo, y loca
de alegría y de contento
la pobre madre cayó
enferma y grave en su lecho;
y cual si hubiera esperado
tan sólo aquellos momentos
para rendir a su Dios
el alma, a muy poco tiempo
una noche, suspirando
dulcemente, voló al cielo.

Dicen que un perfume grato
exhalaba el frío cuerpo,
prueba de que Dios había
perdonado ya sus yerros,
coronándola de gloria
de su penitencia en premio.
Sus hijos fueron felices,
y cristianos tan sinceros,
que en el servicio de Dios
su vida entregaron presto.

De Adela la renegada
esta es la vida y la historia;
copiad su fe acrisolada,
y envidia todos su gloria.

FIN

MADRID. — Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal, 11.